

Río subterráneo

La memoria y sus bemoles

Claudia Guillén

La tradición de la novela histórica en nuestro país data del siglo XIX y se consolida en el XX, ya sea a través del relato directo sobre un personaje en particular, o bien, a través de diversas tramas que realzan las ideas liberales. Sin embargo, en esta tradición las figuras que han destacado en la historia nacional han sido tratadas con sumo cuidado, elevando sus personalidades por encima de cualquier defecto, mientras se denuesta a quienes fungen como traidores o dictadores de México. Ya a finales del siglo XX aparecen diversos ejercicios narrativos de ficción histórica, donde el tratamiento de los personajes es más apegado al perfil humano que a la figura que se creó en el discurso oficial. En el caso, por ejemplo, de Antonio López de Santa Anna; Enrique Serna, con *El seductor de la patria*, se adentra en la figura del brigadier, compuesta por diversos contrastes nacionalistas que nunca fueron exhibidos en ese discurso al que me refería anteriormente. A saber, Santa Anna no sólo fue quien vendió gran parte del territorio nacional y once veces presidente de la República, sino que de igual forma participó en diversos movimientos que liberaron a la nación de la colonización española.

En esta reelaboración de la historia que se da a partir de la narrativa de ficción de los últimos tiempos, ahora —a cien años de su partida para exiliarse en Europa— aparece el general Porfirio Díaz, en la novela *Pobre Patria mía*, de Pedro Ángel Palou (1966). Cabe destacar que entre los autores contemporáneos que han trabajado novela histórica, el escritor poblano se muestra como uno de los más prolíficos, pues también se ha acercado a las figuras de Morelos, Zapata y Cuauhtémoc, todos ellos héroes o forjadores de nuestra nación, a diferencia del general Díaz, al que colectiva-

mente se le conoce como un dictador que empobreció al país y duró treinta años en el poder. Por ello la doble importancia de esta novela, pues Palou rescata la voz del ex presidente en ese exilio doloroso que le fue impuesto después de su renuncia, insertando otro punto de vista para dotar de más elementos al personaje, y así enriquecer la perspectiva histórica de nuestro país.

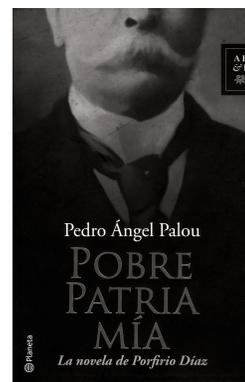
El libro abre, a manera de prólogo, con una enumeración de los sentimientos de Díaz sobre sí mismo y sobre su figura como constructor de un México moderno. Posteriormente, en el primer capítulo, el protagonista toma la palabra en primera persona, voz que se mantiene durante todo el relato, para enunciar un discurso en el que al caudillo se le vienen a la mente algunos recuerdos de su lejana infancia en la ciudad de Oaxaca. Así, presente y pasado se intercalan para dar voz a lo que fue y en lo que se ha convertido Porfirio Díaz, quien durante la narración nos habla de su salida de la Ciudad de México rumbo a Veracruz, y de las cajas de archivos que se presentan como su memoria. Memoria que ejercerá el protagonista a lo largo de la novela y que le permite dar sus puntos de vista sobre los hechos relevantes que conformaron su existencia. De esta forma, sabemos que le dolió dejar la Ciudad de México y haber sido escoltado por Huerta hasta Veracruz, así como haber viajado en un buque alemán, el *Ypiranga*, para cruzar el océano, pues era un nacionalista de cepa.

Delfina y Carmelita fueron sus mujeres, aunque la última representó su estabilidad y la posibilidad de entrar en otro estatus social. Delfina fue la madre de sus hijos y su prima hermana. Quizás estos rasgos amorosos nos llevan, también, a hacernos una idea de quién era este hombre de contrastes y pasiones. En el relato aparecen

personajes como Matías Romero, quien lo anima a que escriba sus memorias; o Federico Gamboa, que coordinó en 1910 las fiestas de conmemoración de la Independencia. Sin embargo, gracias al discurso de Díaz en *Pobre Patria mía*, sabemos que no sólo se trataba de festejar la separación de México del poder español, sino también los hechos que sucedieron posteriormente hasta lograr la paz, y con ello dar la bienvenida a la modernidad, misma que permitía a este país integrarse en otras culturas, tal como lo indicaban e impulsaban las ideas positivistas de la época.

Al avanzar las páginas, el recuerdo de Justo Sierra, Benito Juárez y Francisco I. Madero, así como el de Huerta son pilares de los cuestionamientos del protagonista. Y no sólo nos habla de lo que estos personajes emblemáticos de una u otra forma fueron en su vida, sino también de las interrogantes que tienen que ver consigo mismo, como la entrada del ejército a Tomóchic y la presencia de la Santa de Cabora, por mencionar algunas. Es decir, en *Pobre Patria mía* encontramos la voz de un Porfirio Díaz viejo y enfermo que se ancla en su memoria como una forma de recuperación y validación de sus ideales modernistas y nacionalistas.

Pobre Patria mía es, pues, una novela que, sin duda, aporta otro punto de vista al discurso oficial, y que por la calidad de su prosa, el ángulo de su visión y la profundidad con que trata a un personaje acartonado por las historias ideológicas de nuestro siglo XX, se inserta sin problema alguno entre los relatos de la buena tradición que se ha gestado alrededor de la novela histórica contemporánea. **U**



Pedro Ángel Palou, *Pobre Patria mía*, Planeta, México, 2010, 185 pp.